

LA ARQUITECTURA COMO RECINTO DONDE HABITA EL MÉRITO DEL HOMBRE

ANTONIO FERNÁNDEZ ALBA

No hay más remedio que hablar del final de un siglo que aún se debate entre la esperanza del progreso y los ensayos por hacer del proyecto de la arquitectura en la ciudad la configuración de unos espacios donde sus relaciones de producción material y simbólica fueran coherentes con su destino. Expectativas en realidad que han recorrido todo este tiempo con la esperanza de ver construida la certeza de muchos de los supuestos ideológicos y propuestas que tuvieron su origen en el siglo XIX. Tiempo recorrido, simétrico de anhelos y expectativas, siglo frágil invadido por tantas innovaciones como acusadas catástrofes. Los aromas del espíritu milenarista nos retrotraen a equilibrar los excesos que han representado las dinámicas evolutivas de nuestro tiempo en un balance que hace tal vez más elocuentes los vacíos que muchas de las referencias edificadas.

No resulta casual como con agudeza señala T. Negri (*Fin de siglo*. Paidós, pág. 46), que los espíritus más altos del siglo XX se hayan reconocido entre Weber y Sartre, entre Joyce y Elliot, entre Benjamín y Brecht, entre Wittgenstein y Heidegger, en el sentido de la *catástrofe* —positiva o negativa— o de la innovación —negativa o positiva— vaciando la realidad a cualquier consonancia metafísica..., el siglo XX no tiene *contenido*, tiene por el contrario la forma de una *catástrofe*, el sentido de una *innovación*. Un esquemático cuadro cronológico nos hace evidente el paisaje un tanto desintegrado del proyecto liberal por el que avanzaban las vanguardias del siglo.

1914

Primera Guerra Mundial

1917

Revolución Rusa

1929

Depresión y reformismo capitalista

1933

Asalto a la razón. Instauración del 3.^{er} Reich

1945

Final 2ª Guerra Mundial. Desarrollo mercantil

1968

Revolución estudiantil

1980

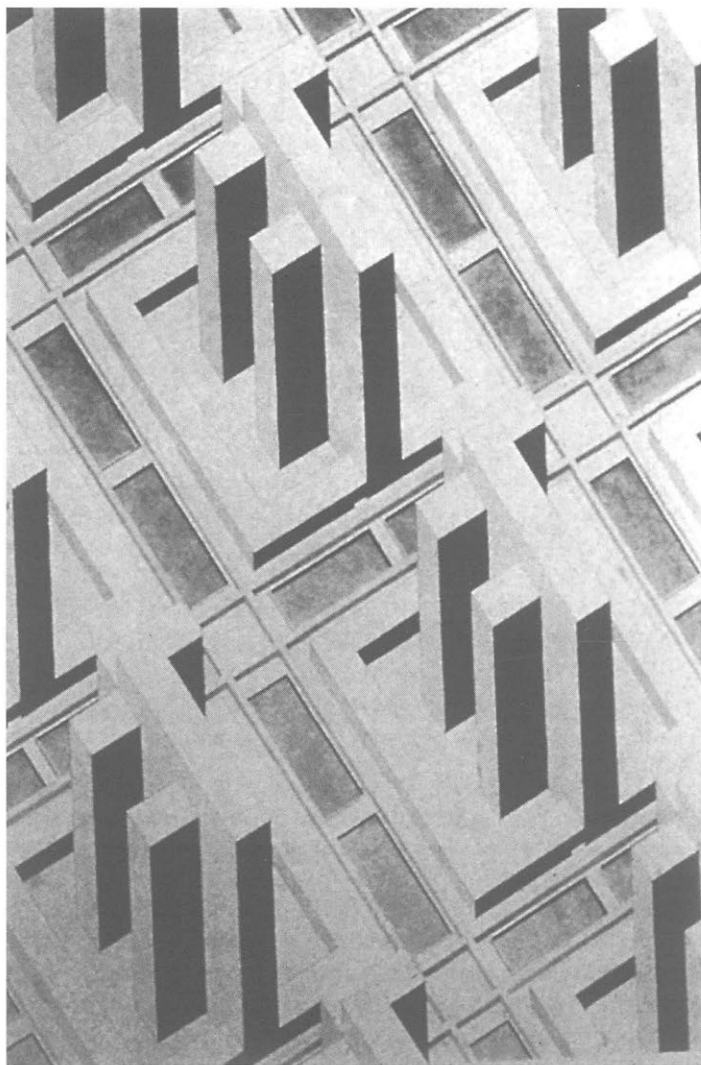
Postmodernismo

1990

Desarrollo Telemático

No es de extrañar, por tanto, que la conciencia histórica se interrogue ante tanto acontecimiento en los extremos de este dilema, *demandas de la época y transacciones catastróficas*. Sobre esta secuencia de tensiones con sus iluminaciones positivas y sus ecos dramáticos, aparece como una constante que acompaña a las variedades del desarrollo —«sociedad de crecimiento» en la primera mitad del siglo y «sociedad sostenible» en los finales del mismo— la puesta en práctica de las políticas del *reformismo capitalista*, argumentos enunciados ya en 1929. Reformismo que trata de motivar la conciencia individual creativa, la transformación de los objetos, la sensibilidad del proyecto en relación con el consumo, fundamentando fórmulas teóricas y prácticas que legitiman una nueva forma de cultura, cuya base ideológica se acota en el discurso ritualizado en el modelo de capitalismo, no sólo como organización de la producción y equilibrio de las relaciones sociales, sino como el principio de una lógica de las formas totales de la cultura. Norteamérica en 1929, Europa 1945, Japón 1950, 1970, 1980, son algunos de los gestos de la confianza capitalista en el desarrollo que posee la *fuerza liberadora del capital* ya iniciada por la burguesía del siglo XVIII. Pero, junto a las expectativas que pueden albergar estas doctrinas reformadoras, y a las conquistas llevadas a cabo en las formas y técnicas para la construcción de la ciudad, se advierte una cierta debilidad y ambigüedad de unas relaciones de producción del espacio que no responden ya a los supuestos del proyecto reformista del capital.

La ciudad fin de siglo es más que elocuente en su morfología metropolitana; reproduce esa misma indignidad espacial que se puede contemplar en la Historia, sometida a los vaivenes y estereotipos de todos los restauradores de un tiempo perdido, ¿cómo exigir que pueda brotar una planificación urbana o el ejercicio de una razonable arquitectura entre los esquemas de este proyecto reformista del capital?, a nadie se le oculta que la realidad de nuestro entorno no sigue las «iluminaciones» del sueño del arquitecto que los pioneros habían diseñado para con el espacio de la ciudad.



Barrio residencial. C. Van Esterem, 1926.

Un tiempo que brota sin figura ni aviso..., y que al no tener figura, de nada puede ser imagen... Un tiempo solo, naciente en su pureza fragante. Como un ser que nunca se convertirá en objeto divino (María Zambrano).

El restaurador por su condición intrínseca de reparador desplaza la confrontación con la realidad, los espacios de su diseño son irreales, y sus tiempos efímeros. El espacio de la ciudad en la formalización moderna de los planificados es una abstracción que, evaluada como mercancía, hace imposible la construcción del lugar urbano; de aquí el papel de «proyectista sometido» por el que discurre el trabajo del arquitecto en la ciudad. La arquitectura en tales circunstancias se presta a ser un objeto ilusorio de este reformismo en el que se debate el capitalismo imposible del siglo XX.

LOS PLANES DEL REFORMISMO

¿Cómo han recibido las ciudades estos «planes Marshall» del reformismo después de la 2ª Guerra Mundial?

1. A partir de los años cincuenta los instrumentos morfológicos de un *estilo moderno* consolidado, se manifiestan como principios acrílicos y los objetivos de la construcción racional de la ciudad se pierden y alejan con el capital inmobiliario, aliado por mimesis con una racionalización de la construcción y de una tecnología propia del avance industrial. Ciudad y arquitectura se orientan hacia una progresiva *homogeneización* de resultados espaciales (ocupación del suelo) y formales (imágenes de los códigos degradados en parte del M.M.A.) al servicio de una sociedad del capital reformista consolidado.

A esta orientación se oponen desde los reductos de la artísticidad de lo arquitectónico un cierto internacionalismo de la profesión del arquitecto, tratando de situar la arquitectura en cierto papel de *reducción estética*: articulación de formas, composición geométrica, ciertas referencias formales al expresionismo abstracto. Acentuar en definitiva el carácter figurativo de la arquitectura y la creatividad como una actitud romántica de la afirmación de la *libertad creadora del artista*, es una corriente que interviene en la morfología de la ciudad con algunos arquetipos arquitectónicos sublimados, un entramado generalizable de mediocres estereotipos que se prolongará hasta nuestros días.

Al lado de este pedestal del arquitecto como «artista» donde reclina sus sueños, aparece un interés por la tradición y la mirada hacia la historia, junto a una crítica de la usurpación del patrimonio y del uso ideológico-técnico que se hace *de la tradición de lo moderno*. La ciudad crece como un alud en unos espacios infinitos, indefinidos e informes.



Propuestas para el nuevo Berlín. Coop. Himmelblau, 1991.

La ciudad como unidad urbana limitada había concluido. La dinámica de las redes de servicios, comunicación, etc., tiende a sustituir la apacible calma de los lugares de la arquitectura. Un nuevo sistema físico y mental que manipula el tiempo, el espacio y la persona.

2. Será a partir de los ochenta con la llegada del postmodernismo cuando de una manera inequívoca este reformismo capitalista, bajo las premisas de un *tardocapitalismo más ligero* y del mercado de la *industria cultural* donde la construcción de la metrópoli, superada y desintegrada la ciudad burguesa, tratará de acentuar la política reaccionaria sobre la espacialidad de la ciudad, intentando recubrir sus infraestructuras y objetos arquitectónicos de una *espacialidad y formalidad estetizada*.

E.I.S. AL
BIBLIOTECA

La peculiaridad espacial del postmodernismo se presentaba como una pastoral beatífica; aparentemente pretendía ofrecer unas imágenes entroncadas con la memoria de la historia. Consideraba nuestro encuadre en lo urbano como sujetos de una realidad radicalmente discontinua y fragmentada que va desde los espacios aún existentes de la vida privada burguesa a la indefinida descentralización del mismo capitalismo mundial.

La «*reconversión estética*» que ha fagocitado la tratadística del postmodernismo en las diferentes intervenciones restauradoras sobre la ciudad histórica o preindustrial, ha influido sobre la urbanística de manera tan negativa que hoy domina una suerte de *método proyectual* que pretende integrar la revalorización cultural de la ciudad histórica a los degradados y, en determinadas áreas, putrefactos espacios de la metrópoli actual. Responde tal método a la ficción en la que ya había caído el *modernismo* creyendo que haciendo explícita una determinada imagen, es decir *manifestando la forma*, se organiza todo el proceso de la cultura.

El urbanismo postmoderno no sólo no ha conservado las tramas urbanas heredadas de la historia, sino que lo destruye con fantasías oníricas o lamentables modelos de *ciudades bonsai*, reproduciendo espacios, plazas, fuentes, galerías de arte y museos, salas de concierto y monumentos en forma evocativa. Responde este método proyectual, tan acariciado por tan reconocidas arquitecturas con simplificaciones arquitectónicas grotescas, intentando difuminar la cruda realidad de la metrópoli y generar desde la *ficción nemotécnica* los usos del espacio público. Lugares donde el niño aprende a descubrir las geografías del vacío, sin que el edificio construido tenga relación con su propia historia y con su lugar. Son espacios que no tendrán opción a poder adquirir una *dimensión poética propia*. Tal circunstancia es de hecho una amputación insoportable, pero, ¿ante el desarrollo patológico que representan los vastos territorios de estas *metástasis urbanas* donde se «albergan» las gigantescas transferencias demográficas, qué pueden significar las secuencias del eco poético? Para la mirada del proyecto en la sociedad transmoderna (capitalismo maduro) «el territorio deviene estructura de potenciales productivos» (T. Negri, *op. cit.*, pág. 82).

3. Desde el punto de vista morfológico, el territorio no ofrece apenas oposición a la *homogeneización internacionalista* debido a que, por su propia lógica, tiende a la implantación de un modelo abstracto, generalizable y fácil de ejecución mediante la máquina tecnocrática, hábilmente coordinada por los lobbies profesionales, financieros, los grupos de poder, de las cadenas de comunicación y de los instrumentos de información. Martin Pawley



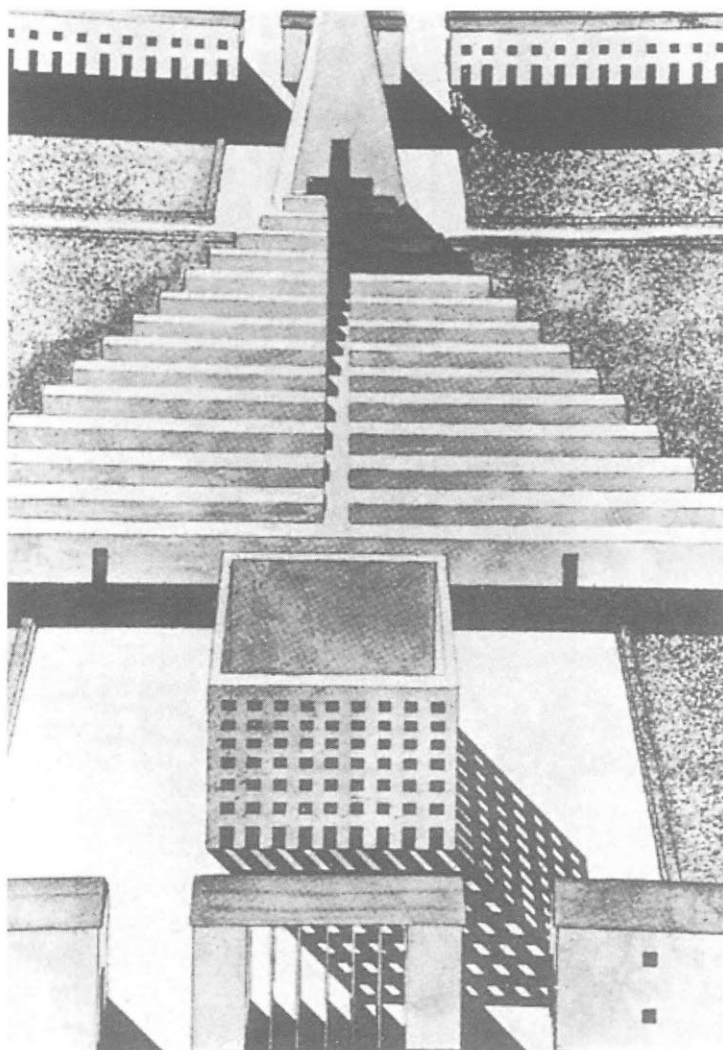
Enlaces de la periferia en Madrid (M-50), 1996.

¿Tiene sentido seguir operando en «términos de ciudad» y proyectando con «elementos de la arquitectura» sublime? ¿Cómo redescubrir los «principios de la arquitectura en la ciudad» y postular sus enseñanzas? ¿Se enfrentará el arquitecto, de una vez, con el aprendizaje de las nuevas relaciones espaciales y las opciones de su articulación?

en un reciente trabajo (*Casabella* Ene.-Feb., 1996) relataba con cierta ironía la respuesta que un portavoz de la Meriel Lepuch, lobbí americano de las finanzas, había dado a un periodista: «No preocuparos de la Comunidad Europea, dentro de veinte años será un museo al aire libre». La verdad es que una suerte de escéptico entusiasmo parece florecer en las miradas de los constructores de la llamada Europa de Maastricht, cota de esfuerzos en el epicentro europeo, para intentar competir con los colonos de oriente. El territorio donde desarrollar los nuevos métodos se presenta para este capitalismo maduro como una *estructura de potenciales productivos* a escala internacional, en definitiva *la subsunción y asimilación de la naturaleza en el capital*.

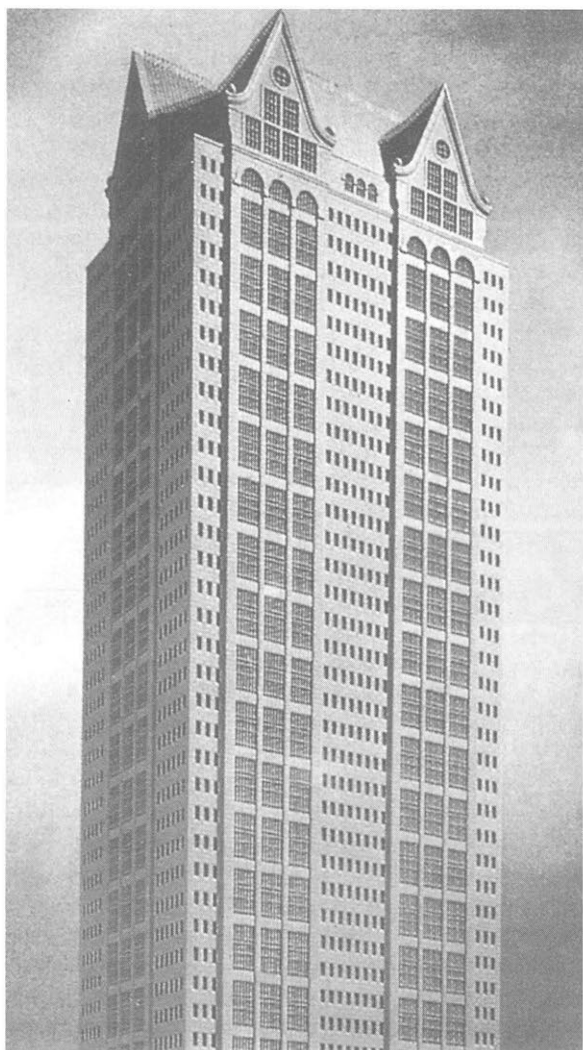
4. Las defensas que ofrece el territorio ante los procesos de colonización productiva son escasas, la arquitectura que levanta no responde a *modelos o referentes* surgidos de los postulados estéticos, compositivos, constructivos o funcionales de la arquitectura del siglo XX. Hoy, cualquiera de las imágenes de vanguardia o de los perfiles epigónicos son modelos agotados para formular un principio regulador de ciudad. Existe un mercado mundial dentro del cual las «figuras productivas» y los «equipos formalizadores de imágenes arquitectónicas» se agrupan alrededor de estos mercados. La propuesta arquitectónica que a los mismos se demanda viene seguida por los arquetipos que propugna el mercado unificado.

Sistemas de computer, paquetes de proyectos encapsulados en diferentes sistemas informáticos, son transferidos a aquellos lugares donde la demanda del mercado los requiere. Asia se prepara para recibir el próximo milenio los «gigantes amarillos», el rascacielos que en el principio de siglo recreaba los perfiles cinematográficos de la bahía de New York. Ahora es la bahía de Tokio, la que espera construir un gigante, tal vez oblicuo, de 790 m de altura. Shanghai —la nueva Hong-Kong de China— ofrecerá en la próxima década, «década asiática», edificios de 450 m y 500 m de altura. Esta nueva concepción del proyecto formulado por los lobbies de oriente y occidente rompe los *modelos melancólicos* de los arquitectos epigonales (retorno a los valores en términos estilísticos, autonomía de la disciplina arquitectónica, recuperación del arquitecto-artista, contextualismos o el vago ritual de embalsamar la imagen corpórea del edificio). *Redimir la forma* reclaman con firmeza como postulado final los profesores en sus claustros, como área de salvación para una profesión, el arquitecto, que no sabe cómo superar el final de su ciclo histórico. Preocupados hasta la obsesión por la *epidermis de la superficie* y la *imagen corpórea del edificio* (rigorismo epidérmico en expresión de Tzonis y Lefavre). Los arquitectos y planificadores preocupa-



Cementerio en Módena, A. Rossi, 1973.

El arquitecto en la sociedad del cambio se aferró en construir un proyecto desde las imágenes sorprendentes que contemplaba en la revolución plástica, y así sus reivindicaciones espaciales apenas superaron los lugares comunes de la geometría grandiosa.



190 South La Salle, Chicago, P. Johnson y J. Burgee, 1986.

El final de la burguesía ilustrada trataba de consolidar sus últimas imágenes dentro de una *arquitectura aleatoria*, mezcla de un neoclasicismo inseguro y un eclecticismo ambiguo, afectada por un pesimismo y una indecisión en sus formas.

dos por la *policromía del fragmento* hasta límites de la extrema estética de lo patológico, no saben cómo enfrentarse a este proceso de *manipulación perversa y generalizada del territorio* y a la homogeneización esquizoide con la que se levantan sin rubor los lugares del espacio metropolitano y, como Dédalo, atrapado en los muros de laberinto; el diseñador de la metrópoli sólo se redime en los lazos de la autopista sin fin. Las formas del proyecto de la arquitectura y su correlato planificadorio se diluyen en la penumbra de la noche urbana, estrategia adecuada que permite al capital llevar tan lejos y de manera tan enajenada *este diseño de dominio* que caracteriza a la cultura del proyecto metropolitano. Los analistas de la «sociedad industrial madura» o postindustrial, nos advierten del profundo cambio que surge de su propia naturaleza. Un fenómeno cuyas características más generales podrían encuadrarse en términos genéricos como: fluidez de la materia, aceleración del tiempo y saturación del espacio, cuyas relaciones nos hacen patente las tensiones que suscitan estos términos de fluidez, aceleración y saturación. Enzo Manzini analiza esta mirada evolutiva con respecto a los productos en los siguientes extremos:

A. Fluidez de la materia: Caída de los límites técnicos, multiplicidad de las posibilidades productivas, incremento de la intensidad prestacional de los materiales, miniaturización de los componentes funcionales, flexibilidad de los procesos productivos.

Sus implicaciones son la tendencia a la desmaterialización de algunos productos, el aumento y la diversificación de las prestaciones ofrecidas, la hiperelección de las soluciones (es decir, la multiplicación de las variantes disponibles).

B. Aceleración del tiempo: Reducción, a casi cero, del tiempo necesario para la transformación de la materia, el movimiento de las personas, la circulación y la elaboración de la información.

Sus implicaciones son, por una parte, el «real time», es decir, la respuesta del sistema en tiempo inmediato y la extensión de la interactividad como relación coloquial con los artefactos. Por otro lado, la reducción generalizada del tiempo de vida de los productos, es decir, de sus ciclos de producción y de consumo: el usar y tirar como forma dominante de relación con las cosas.

C. Saturación del espacio: Saturación del espacio físico (desde el medio ambiente al espacio doméstico), saturación del espacio económico (es decir, del espacio de mercado) y saturación del espacio semiótico (es decir, el espacio mental).

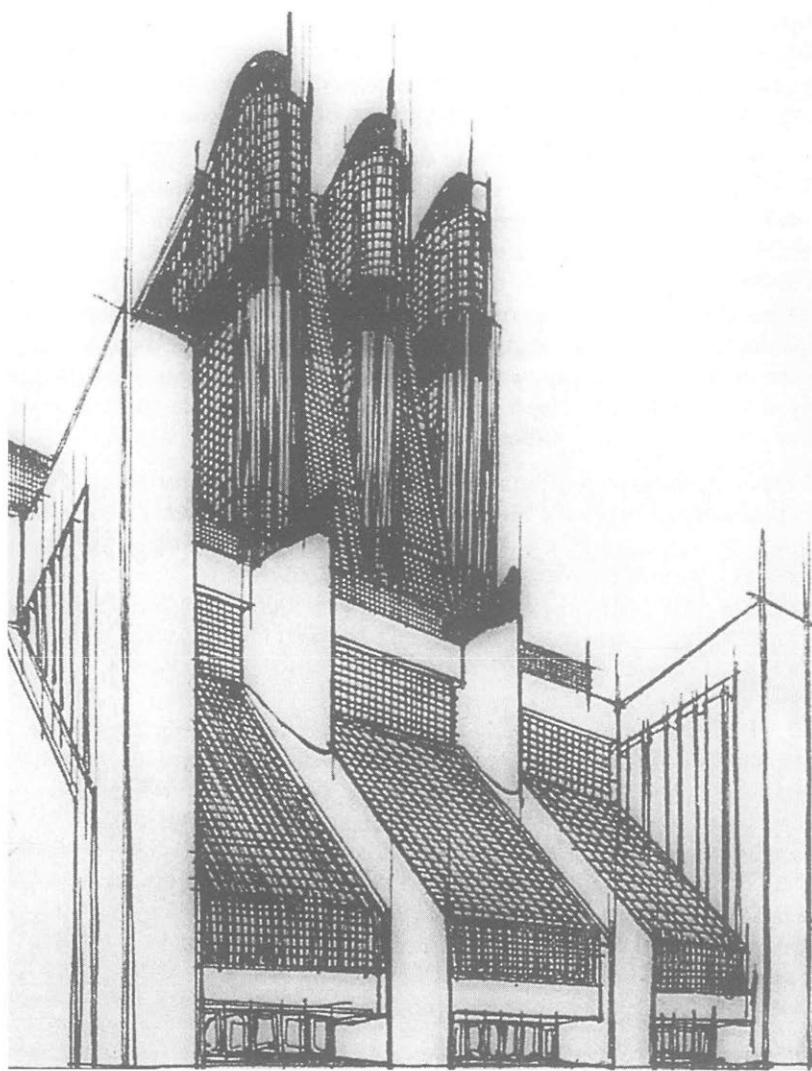
Sus implicaciones, por lo que respecta a los productos, son una gran homogeneidad prestacional por una parte (todas las prestaciones primarias han sido ya saturadas), y una gran búsqueda de variedad formal por otra (una variedad que tiende, sin embargo, a confundirse con el gran ruido de fondo). En este cuadro, la apreciación de un producto se refiere a su capacidad para emerger de este fondo, tan variado como, en definitiva, uniforme. Y, en un mundo caracterizado por la saturación de los mercados y la madurez de los productos, esta posibilidad de emersión se basa en diferenciales que se refieren cada vez más a cualidades no cuantificables: cualidades referidas a la dimensión estética y, en general, a valores culturales conectados (o conectables) a los productos. Dentro de la sociedad industrial madura, producir y consumir se definen cada vez más como actividades culturales, en tanto los productos se ofertan y se adquieren más por lo que «significan» que por cómo estén materialmente hechos o cómo funcionan. (*Tensiones del arte y la cultura en el fin de siglo*. Diputación F. de Guipuzkoa, pág. 136).

LA FRACTURA DE LA MODERNIDAD

En el conjunto de una reflexión interdisciplinar y con respecto a la construcción de la ciudad y su arquitectura en los finales de siglo, un cúmulo de variables se agolpan en torno a lo que más o menos enfáticamente se ha denominado *fractura de la modernidad*, conjunto de ideas, memorias, valores y actividades que se perfilan después de la segunda guerra mundial (1945) como consecuencia de la transformación que sufre el pensamiento revolucionario (revolución social 1917), frente al asalto de la razón (nacional-socialismo 1933) y el posterior desarrollo del mercantilismo surgido en los años de la segunda postguerra 1945.

Un cambio visible se suscita en dos de las ideas claves de la modernidad; la *visión del tiempo* como mirada superadora de aquella concepción lineal y progresiva, y las nuevas versiones de la *noción de cambio* hacia un futuro mejor universalmente consagrado. Revolución y vanguardia, postulados ligados al nacimiento del siglo, inician su decadencia, aunque el impulso de tan aceleradas conquistas aún mantendría los fulgores del cambio hasta las últimas décadas en los soportes de una tecnología de los medias (desarrollo de la cultura de lo inmaterial).

Será en los preludios de la segunda guerra mundial (1930) cuando se consolida el estado burocrático moderno en sus dos versiones más cualificadas: «totalitarismo» o bien el estado de la social-democracia, donde se van a apreciar los primeros esbozos del *neoabsolutismo contemporáneo* que se hará elocuente en



A. Sant'Elia, La ciudad futurista.

Realizar la síntesis de los descubrimientos de la ciencia, desde las plataformas que ofrecía el mundo de la plástica. No se trataba, por tanto, de mostrar las imágenes de las nuevas ideas, sino, de transformar el espacio.

los finales del siglo. La construcción de la ciudad y su imagen arquitectónica, ligada por su propia naturaleza al binomio espaciotemporal, no podía estar ajena a estas facturas, de manera que también se hacen elocuentes estas variables del cambio y visiones del tiempo que propugnan la «libertad de los modernos».

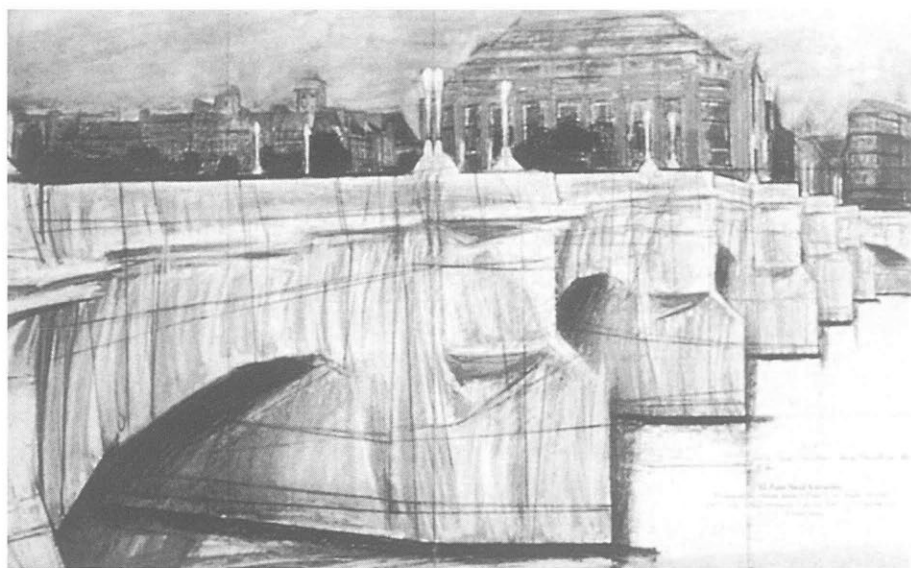
En este sentido, se hace evidente durante la crisis del capitalismo moderno algunos cambios sustanciales como son las diferentes manifestaciones del desarrollo metropolitano, las crecientes transformaciones tecnológicas, las nuevas relaciones de la empresa con los modos de construcción, la producción del espacio habitable, la crisis del proyecto de los arquitectos en relación con los escenarios de la ciudad o los nuevos paisajes que reclaman los espacios de la «condición metropolitana». Éstas son algunas cuestiones que hoy se enfrentan a los «modelos» preconizados por las vanguardias europeas de principio de siglo y a los postulados ideológicos que han sustentado la formalización del espacio que reproducen nuestras ciudades.

El espacio de la arquitectura en la ciudad moderna se formaliza y produce ligado primordialmente a los efectos de la economía. La *ciudad herramienta* de principios de siglo, donde predominaban los valores funcionales, ha sido sustituida por la *ciudad espectáculo* donde adquiere prioridad la comunicación y los efectos de la arquitectura espectáculo. El valor de lucro asignado al consumo del espacio legitima la irracionalidad del crecimiento metropolitano contemporáneo, y la respuesta requiere una nueva concepción filosófica y política que pueda equilibrar los paradigmas economicistas que operan y controlan el espacio de la ciudad. El eclipse romántico de la última arquitectura al servicio de estos paradigmas económicos hace evidente la necesidad de «otro proyecto» menos retórico y más epistemológico para la arquitectura y los espacios públicos de la metrópoli. Este otro proyecto sobre la metrópoli mal trazada, deberá centrarse en torno a los análisis de su morfología, hacia el debate que el cambio técnico ha provocado, las estrategias y tensiones de su desarrollo y las opciones espaciales que desde la arquitectura puede ofrecer la instrumentalización técnica de nuestra civilización en los escenarios metropolitanos de inmediato futuro, donde la lógica de la producción y las estrategias del riesgo empresarial configuran los nuevos territorios ambientales del universalismo tecnocientífico.

Por cuanto se refiere a la evolución requerida por la nueva «condición metropolitana», el marco físico-ambiental que construye nuestros modelos de hábitat, tendrá que indagar fórmulas para obtener *modelos síntesis* entre la *economía de mercado* que formaliza nuestros espacios de convivencia, y el *progreso tecnológico* que configura nuestro tiempo vital, integrando ambos en un enfoque moderno de gestión política sobre la metrópoli para poder desarrollar el progreso tecnológico como un postulado creador de cultura.

El mercado deberá reducir su radicalismo mercantil y entender que el valor del espacio donde habita mérito del hombre no puede venir dictado sólo por el precio; sus consecuencias, bastante elocuentes, ya las sufre el nómada telemático que deambula por los espacios de la metrópoli, expresión de un pensamiento dominado por los efectos de la representación, pero no como forma de saber —pues la representación contrastada por el modelo visual es una forma de saber—, sino como ilusionismo, gratuidad de la forma, estética «flash», o bien como elogio del maquillaje. Espacios urbanos y edificios construidos con el lenguaje de unas formas arquitectónicas automáticas que alimenta la estética de la simulación.

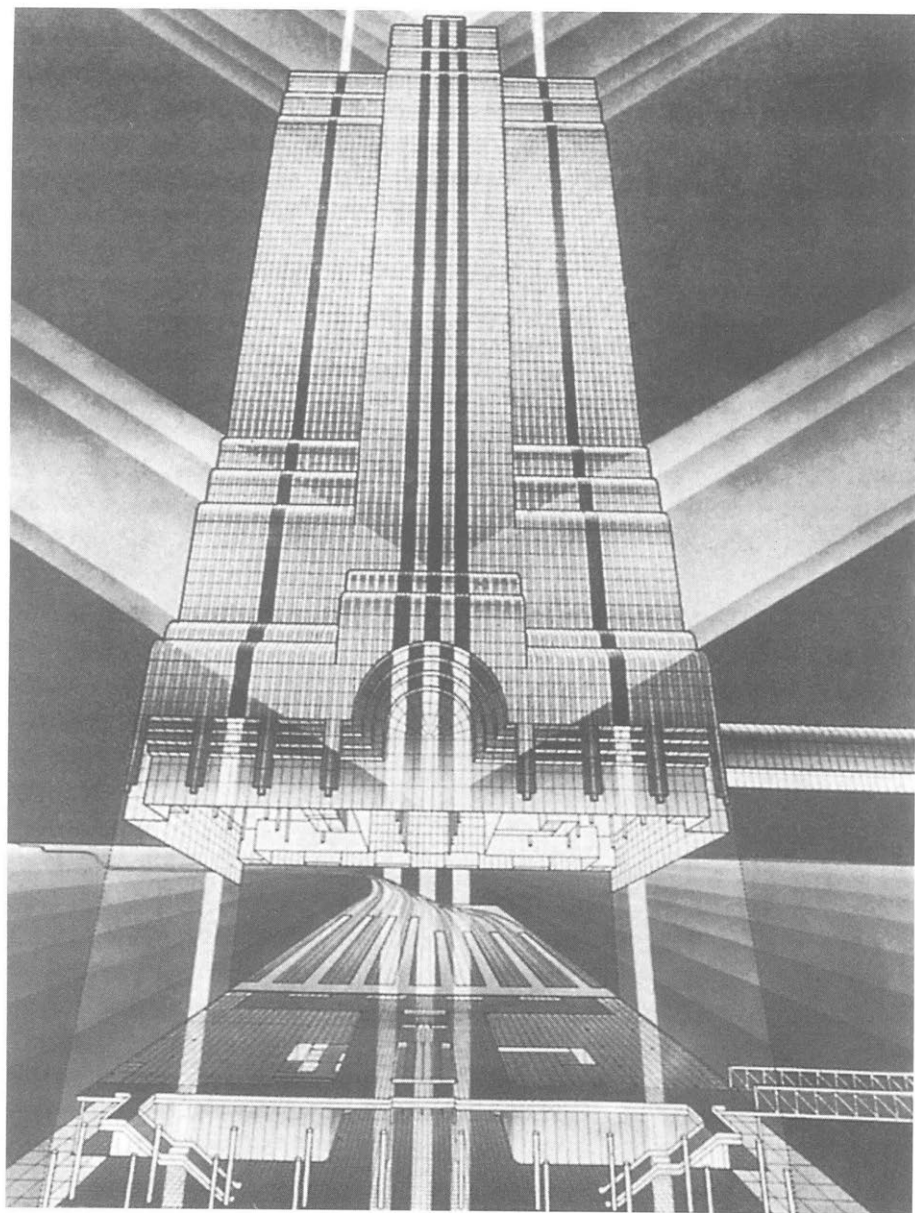
La invasión y colonización que ejercen los códigos de la nueva condición metropolitana tendrá que interrogarse y descubrir nuevos postulados en torno



Dibujo de Christo para la propuesta de recubrimiento del Puente Nuevo en París, 1984.

La novedad en la imagen de la arquitectura. Las revistas consagran el destino de la arquitectura, mixtificando el espacio cuando éste se manifiesta desde las dimensiones del plano.

Finalizado el dibujo todo concluye, la arquitectura asume el papel de soporte visual.



Perspectiva de la North Western Terminal.

a los efectos de dominio sobre el espacio de la ciudad que la percepción ha ejercido desde las vanguardias históricas sobre la cultura arquitectónica de nuestro tiempo: mirar es parecer, como anunciar es existir, planteando la necesidad de estructurar una identidad perceptiva frente al cambio de significados, hábitos y necesidades que suscita el cambio tecnológico en la «civilización del consumo».

Una gran parte de la arquitectura que se construye en la ciudad recoge las características de destrucción que ofrece el modelo de metropolización internacional. Este modelo no permite construir una ciudad racional sino racionalizada. Resulta difícil su administración, en su lugar se burocratiza, no acomete la relación social, se robotiza, no puede reproducir trama urbana, sino desequilibrio ecológico. Por eso la ciudad actual presenta una cadencia semejante en todos los países y lugares donde se asientan los preludios de la civilización tecno-mercantil: monotonía espacial, degradación progresiva de servicios públicos, esterilidad cultural, y en definitiva, agotamiento político del proyecto de la arquitectura en la ciudad. La arquitectura ya no es primordial hoy en el desarrollo heterogéneo de la ciudad y sus modelos se integran sin el menor rubor en la estética del desperdicio. La «autenticidad de lo falso como realidad», es el síntoma que mejor refleja las formas y los espacios de estas arquitecturas.

Problemas que suscita una civilización que requiere una arquitectura superadora de la dicotomía técnica-arte, capaz de entender la ciudad como ejercicio de composición formal, que haga posible expresar la cualidad poética del espacio no sólo respecto de lo que ve, sino de lo que piensa.

El reto heredado proviene ya de siglos y, con precisión no superada, Heráclito lo enunció así: «y, siendo el logos común, la multitud vive como si tuviese su propio entendimiento».